
CIUDADES
EN LA ENCRUCIJADA:
Violencia y poder criminal
en Río de Janeiro, Medellín,
Bogotá y Ciudad Juárez



CRDI

Centre de recherches pour le
développement international

Medellín, octubre de 2014

CIUDADES EN LA ENCRUCIJADA:
Violencia y poder criminal en Río de
Janeiro, Medellín, Bogotá y Ciudad Juárez.

Corporación Región

Carrera 49 N°. 60-50
Teléfono: (574) 2542424
e-mail: corporacionregion@gmail.com
Medellín - Colombia

**Instituto de Estudios Políticos
y Relaciones Internacionales
Universidad Nacional de Colombia**

Carrera 5A N°. 34A - 09
Bogotá - Colombia
PBX (57-1) 7430700

Diseño e impresión
Pregón S.A.S.
Medellín, 2014

Corrección de Estilo:
Sol Astrid Giraldo

ISBN: 978-958-8134-66-6

Contenido

Presentación.....	5
Introducción	9
La paradoja latinoamericana.	
Las ciudades en perspectiva comparada.	9
I. Cocaína y conflicto	14
II. Contenido del poder: “consenso” y violencia.....	25
III. Forma y alcance del poder: la estructura	37
Bibliografía	48
Río de Janeiro: sufrir la violencia, decir la paz.....	49
I. La criminalidad y la violencia en su contexto histórico y social	50
II. Actores colectivos de la violencia en Río de Janeiro	81
III. Las políticas de seguridad pública y las UPP.....	109
Bibliografía.....	116
Medellín en su laberinto	
Criminalidad y violencia en los comienzos del siglo XXI ..	119
I. Medellín y sus transformaciones	121
II. Actores y estructuras delincuenciales: en permanente mutación	130
III. Economía criminal próspera	145
IV. Inserción en el entramado social barrial.....	156
V. Capacidad para incidir en la esfera política	165
VI. En la búsqueda de salidas al laberinto.....	173
Bibliografía.....	178

“Robar, pero no matar”

Crimen, homicidio y violencia en Bogotá..... 185

Primera parte: El homicidio desciende: “no matarás”	191
I. Homicidio en descenso	191
II. Seguridad y ciudadanía: discurso e institución	197
Segunda parte: El crimen abunda: “robar, pero no matar”	204
III. Asimetría y resemantización	204
IV. Características y actores armados.....	207
V. La estructura criminal.....	212
Tercera parte: La violencia se disemina: límites del mandato	222
VI. Enclaves violentos.....	222
VII. Limpieza e identidad	226
VIII. Violencia entre cercanos	234
Bibliografía.....	243

Ciudad Juárez:

Sociedad, criminalidad y violencia trasnacional..... 249

I. El perfil de la ciudad	258
II. Prohibiciones y oportunidades	266
III. Los sinaloenses en Juárez	274
IV. Los sinaloenses en Juárez II	283
V. Necrópolis fronteriza	298
Conclusiones	318
Bibliografía.....	321

INTRODUCCIÓN

LA PARADOJA LATINOAMERICANA. LAS CIUDADES EN PERSPECTIVA COMPARADA.

Carlos Mario Perea
Ana María Jaramillo
Andrés Rincón Morera
Michel Misse
César Alarcón
Max Yuri Gil

Este libro trata sobre la paradoja Latinoamericana. Habla de ciudades revestidas de toda importancia; sin embargo, y pese a su marcada preponderancia, se trata de ciudades cruzadas por criminalidades y violencias intensas. América Latina, ciertamente, sale del período amargo del neoliberalismo dando muestras de mejoría económica y reducción de situaciones críticas como la pobreza y el desempleo; con todo, pese al repunte en los indicadores de bienestar, continúa siendo el continente donde germina una variada gama de agentes violentos entregados a imponer la ley de su voluntad arbitraria y déspota. No de modo gratuito es hoy el continente donde muere la mayor cantidad de gente a manos de otro que asesina¹. Es la paradoja Latinoamericana.

1 América tiene la tasa de homicidio más alta del mundo (con un valor de 19), seguida de cerca por África (16). Bien lejos están Asia (4), Europa (2) y Oceanía (3). Dentro de América, Centroamérica lleva la delantera con una tasa de 37, el Caribe con 19, Suramérica con 16 y por último Norteamérica con 5. UNODOC, 2012.

Río de Janeiro en Brasil, Medellín y Bogotá en Colombia, Ciudad Juárez en México -las ciudades de las que nos ocupamos, comenzando por mirarlas de manera comparada en estas páginas introductorias-, hacen el testimonio elocuente de la paradoja Latinoamericana. Río de Janeiro, segunda ciudad de Brasil, gran centro económico y turístico mundial, enfrenta la presencia endémica de bandas de traficantes adueñadas de un sinnúmero de *favelas*, de un tiempo para acá disputadas en su señorío por la policía y actores recientes identificados con el nombre de milicias. Medellín, también segunda ciudad de Colombia, centro económico reputado de la condición de urbe de la innovación, afronta una larga presencia de bandas y “combos” insertos en las barriadas de la periferia articulados a una estructura criminal sometida a frecuentes reacomodos. Bogotá, escenario de una eficiente actividad productiva asentada sobre su carácter de capital nacional, no termina de superar la permanencia de enclaves violentos y de una criminalidad difusa extendida por el conjunto de la ciudad. Por último Ciudad Juárez, núcleo de la frontera mexicana al norte y hasta hace unos años epicentro de la industria maquiladora, fue devastada por la guerra entre poderosas organizaciones de traficantes cuando cada uno pretendió adueñarse de los mercados de drogas ilícitas de la ciudad.

Las cuatro ciudades encarnan de manera dramática la paradoja latinoamericana, cada una desde dinámicas en extremo diferenciadas. El contraste se impone, nada pareciera conectar las contiendas locales en Brasil, las confrontaciones entre facciones en Colombia, la guerra en México. Traficantes de Río, bandas criminales de Medellín, “ganchos” en Bogotá, organizaciones de traficantes en Juárez: el nombre adoptado en cada urbe corresponde, en efecto, a la particularidad de los agentes violentos propios de cada urbe.

Nuestra hipótesis, sin embargo, asume que las marcadas diferencias no dejan de permanecer conectadas por un rasgo común que las vincula. En las cuatro ciudades el negocio del narcotrá-

fico opera como el mercado ilegal dominante, mercado del cual se derivan importantes márgenes de ganancia y se coordinan otro conjunto de actividades ilegales. En Río la refriega se mantiene sobre el poderío de los traficantes, sostenido sobre el microtráfico organizado desde las *bocas de fumo*. En Medellín la estructura criminal remonta su primer origen al cartel de Pablo Escobar –jefe del mercado de la cocaína en los años 80-, heredada después por alias “Don Berna” y al día de hoy en disputa entre la Oficina de Envigado y Los Urabeños. En Bogotá, en medio de un crimen diverso y fragmentado, los traficantes de droga del Bronx constituyen la más compleja estructura ilegal de la ciudad. Finalmente, en Ciudad Juárez la guerra fue resultado del choque entre las organizaciones de Sinaloa y Juárez, dos de las organizaciones que detentaron durante buen tiempo el poder del negocio en México. El narcotráfico hegemoniza el universo criminal en las cuatro ciudades, en todos los casos mediante la constitución de agentes violentos que imponen un poder armado sobre procesos diversos de la vida urbana².

La mirada comparativa –de nuevo, el objeto de esta introducción-, se mueve entonces entre aquello que arma la diferencia y aquello que funciona como denominador común. En otras palabras, la mirada comparativa ha de dar cuenta de las marcadas diferencias entre las ciudades y sus actores, pero bajo la premisa de determinar la singular gestión del narcotráfico adoptada en cada ciudad.

No es una gestión cualquiera. La acción de los agentes violentos afecta la configuración de lo social y modifica las dinámicas económicas, incide sobre los procesos culturales y reorienta las políticas públicas, influencia las prácticas políticas y distorsiona la acción colectiva. Tal impacto opera entonces como telón de fondo de la comparación. El sensible efecto que provoca un mercado ile-

2 Hablaremos de agente violento, una noción no exenta de ambigüedades pero que establece su diferencia con actor armado, el propio de un conflicto bélico. La ciudad es escenario de “otras” violencias: pueden llegar a una guerra como la de Juárez pero sin perder su conexión con la dinámica urbana.

gal sobre las estructuras de las sociedades urbanas plantea –al modo de preocupación primordial-, el interrogante sobre la naturaleza del poder criminal que se viene asentando en diversas ciudades latinoamericanas. Es la pregunta que nos servirá como eje de la comparación: ¿cuál es la naturaleza del poder criminal que anida en más de una urbe Latinoamericana?

En el camino de abrir una comprensión de ese poder criminal echamos mano de tres dimensiones. Ellas constituyen la clave comparativa y definen las secciones de estas páginas iniciales. Primero, la ubicación del país en los eslabones de la cadena del negocio³; tal ubicación desempeña un papel crucial en los modos de producción del conflicto violento en la urbe. Segundo, el ejercicio del poder propiamente dicho (el contenido), esa mezcla de fuerza y “consenso” que los agentes violentos despliegan en el medio urbano. Tercero, los patrones de organización, las maneras como estructuran sus prácticas a fin de gestionar la empresa ilegal y desplegar su poderío (la forma y alcance del poder).

Las tres dimensiones se articulan primero con la historia del país al que pertenecen y segundo con la particularidad de cada ciudad. No todos los países latinoamericanos han visto florecer los carteles del narcotráfico que sí han abundado en México y Colombia, de tal modo que la modalidad y el grado de afectación de cada nación están atados a su devenir histórico: unas han sufrido crisis profundas, otras han padecido dificultades graves y unas más han permanecido al margen de la algarrada que recorre la región durante las últimas tres décadas. De igual manera, pese a que todas las ciudades del continente tienen mercados de drogas ilícitas, sólo en unas aparecen los agentes violentos que convulsionan a Juárez, Medellín y Río. La historia de cada ciudad desempeña también un papel crítico.

3 El ciclo de las drogas ilícitas naturales (no sintéticas) incorpora cuatro eslabones: producción, procesamiento, comercialización y consumo. La comercialización, el eslabón decisivo, se divide a su vez en doméstica, de paso, final y venta al menudeo.

La posibilidad de recoger esta compleja multitud de factores desborda el alcance de estas páginas introductorias, de modo que la mirada comparativa se circunscribe a la situación actual⁴. Intentamos señalar los rasgos básicos de un conflicto que de más de un modo funda la contemporaneidad latinoamericana, por supuesto con particular atención a los muchos matices que introduce la singularidad de cada ciudad.

La apuesta del presente libro, así las cosas, se finca en el intento de poner en evidencia el grado de postración urbana al que conduce el negocio ilegal más lucrativo del planeta una vez se instala en las calles de una ciudad: confrontaciones permanentes en Río, violencia sostenida en Medellín, diseminación de la criminalidad en Bogotá, guerra abierta en Juárez. No se trata ni de países ni de ciudades presas de la marginalidad; con todo, pese a su dinamismo siguen siendo lugares sometidos a intensas violencias⁵.

Es la paradoja Latinoamericana. Pese al repunte económico las violencias proliferan, se enquistan aquí y allá, bajan en esta localidad pero renacen en la del otro lado. Brotan en zonas agrarias pero también en sectores urbanos. Tras la huella del narcotráfico, más cerca o más lejos, numerosos países de Latinoamérica continúan siendo el epicentro de amargas violencias criminales. Nos anima entonces la esperanza de que al fin, a la vuelta de una cantidad indecible de personas asesinadas, el mundo entienda que se demanda una política pública mundial distinta para el tratamiento del fenómeno de la cocaína, una que no esté centrada en la guerra contra los centros de producción y tráfico, esto es sobre Latinoamérica.

4 En los capítulos correspondientes a cada ciudad se abordan antecedentes históricos de su respectiva criminalidad.

5 Es preciso clarificar que Bogotá carece de la estructura y la intensidad violenta de las otras tres ciudades. Su utilidad para la comparación es entonces enorme: opera como caso control que permite valorar desde abajo el alcance de la criminalidad en la ciudad latinoamericana.

I. COCAÍNA Y CONFLICTO

Volvemos a la pregunta que nos convoca: ¿cuál es la naturaleza del poder criminal que anida en más de una urbe Latinoamericana? Ese poder arranca, en primer término, en la conexión entre conflicto violento y narcotráfico. ¿De qué forma se construye la conflictividad violenta en relación con el sitio ocupado en la cadena del mercado de la droga? La ciudad está interconectada con su país. Una urbe poblada de violencias pertenece por fuerza a un país con correspondientes niveles de conflicto, de tal modo que la ubicación nacional opera como matriz de lectura de la ciudad. Entramos entonces, en este primer apartado, en la consideración de los nexos entre país y conflicto. Desde allí es posible el salto a la ciudad, nuestro objeto temático.

1. Eslabones y ubicación de los países

El narcotráfico no da cuenta cabal del abigarrado espectro de la criminalidad y la violencia de la región; tampoco, ni mucho menos, agota por sí mismo la dinámica interna de los países⁶. El espacio que se abre entre violencia e historia nacional de un lado, y negocio de la droga del otro, ha de ser colmado con una variedad de mediaciones. Empero, al momento de considerar la conflictividad de América Latina en su conjunto, el narcotráfico, con su efecto multiplicador de las violencias, desempeña un papel protagónico que no se agota en el lugar banal de una expresión más del crimen organizado. La droga marca el destino de la región durante las últimas tres décadas, lo hace siguiendo la impronta de una premisa básica: a mayor nivel de acumulación monetaria mayor conflictividad violenta.

Los mayores niveles de rentabilidad del narcotráfico en América Latina provienen de la cocaína. Sin duda en el continente se

⁶ México -por poner un caso-, carece de la guerrilla que sí existe en Colombia, un actor que marca el curso del conflicto armado de este país.

producen otras drogas como la heroína y la marihuana⁷, más hasta la fecha ninguna ha logrado producir los márgenes de ganancia del ciclo de la coca-cocaína. La ilegalización acumula capitales colosales en el contexto de una alta demanda global, tanto de los países del norte como de un consumo cada vez más creciente entre la misma América Latina⁸. La enervada conflictividad de la región –de varios de sus países–, sigue de cerca la historia de la cocaína.

La ubicación en la cadena es el núcleo de la multifacética incidencia sobre los países. Como se anunció atrás, cuatro grandes eslabones la componen: producción, procesamiento, comercio y consumo. La producción se refiere al cultivo de la hoja de coca, la materia prima del negocio; el procesamiento a su transformación en algún derivado, sea en intermedios como el bazuco, el crack o el cristal o sea en el producto terminal de la cocaína. Luego viene el comercio, articulado a su vez en varios momentos. En primera instancia el doméstico, referido a la distribución dentro de un mismo país incluyendo el traslado desde las zonas de cultivo hasta los puntos de embarque hacia el exterior. El siguiente momento es el comercio de paso, el que toma lugar en países intermedios entre los centros de producción y la frontera anterior al ingreso en los países del norte. El momento del comercio final supone el tránsito

7 Se siembra marihuana pero su cultivo está regado por el globo entero; según reportes de la Junta Internacional de Fiscalización de Estupeficientes (JIFE, 2008) existen sembradíos de marihuana en 174 países, esto es en algo más de las dos terceras partes de las naciones del mundo. Marruecos adquiere notable importancia por la resina de cannabis y su exportación hacia Europa. Por su parte el epicentro del cultivo de opio y la producción de heroína se hace en Asia, en el Sudeste (Afganistán y Paquistán) y el Suroccidente (Laos, Myanmar, Tailandia, Vietnam). Durante la segunda mitad de los 90 la amapola tuvo cierto auge en Colombia y no faltan informes de su existencia en Guatemala y México. Se trata en todo caso de reducidas extensiones una vez se les compara con el centro mundial de su producción.

8 El consumo de droga es variable a nivel mundial. Si bien es cierto que se centra en Norteamérica y Europa, las tasas de prevalencia de las regiones productoras muestran cifras preocupantes. Las regiones con niveles de consumo de marihuana por encima de la media mundial son África Central y Occidental (13,5%), Oceanía (10,9%), América del Norte (10,7%) y Europa Central y Oriental (7,6%). Otro tanto sucede con las Anfetaminas, donde preponderan Oceanía (2,1%), América Central y Norte América (1,3%) y el Caribe (1,3%) (UNODOC, 2013).

hacia los grandes centros de consumo, momento en que sale de Latinoamérica⁹. Para rematar la cadena, la cocaína o sus derivados se venden al menudeo al consumidor en un sinnúmero de expendios locales

Latinoamérica es el epicentro de la producción de la cocaína a nivel mundial. El tráfico aparece con grandes ganancias hacia finales de la década de los 70, desde el comienzo con un alcance global pero siempre sobre una producción circunscrita a algunos países de América Latina¹⁰. Con proporciones variables en el tiempo sus cultivos se reparten entre Perú, Bolivia y Colombia¹¹. Durante los años 80 Perú y Bolivia fueron los grandes proveedores de la hoja, situación que se modificó en la década siguiente cuando Colombia hizo el relevo en el lugar de primer productor; su incremento fue sorprendente: si en 1992 tenía 30 mil hectáreas, para el 2001 se habían extendido nada menos que a 160 mil, regadas entre una enorme variedad de regiones. Colombia se convirtió en el proveedor del 85% de la cocaína mundial (CICAD-OEA, p. 29; ODC, 2013). No obstante, a medida que avanza la primera década del 2000 tanto los cultivos como la productividad colombianos entran en sostenido descenso, propiciando el retorno a los países originales (en particular a Perú). La situación vuelve a la distribución de los años 80 (Gráfico No. 1). Entre 2005 y 2008 Perú produjo 605 toneladas de cocaína con 100% de pureza, seguido por Colombia con 283 y más lejos todavía por Bolivia con 97¹² (CICAD-OEA, p. 29).

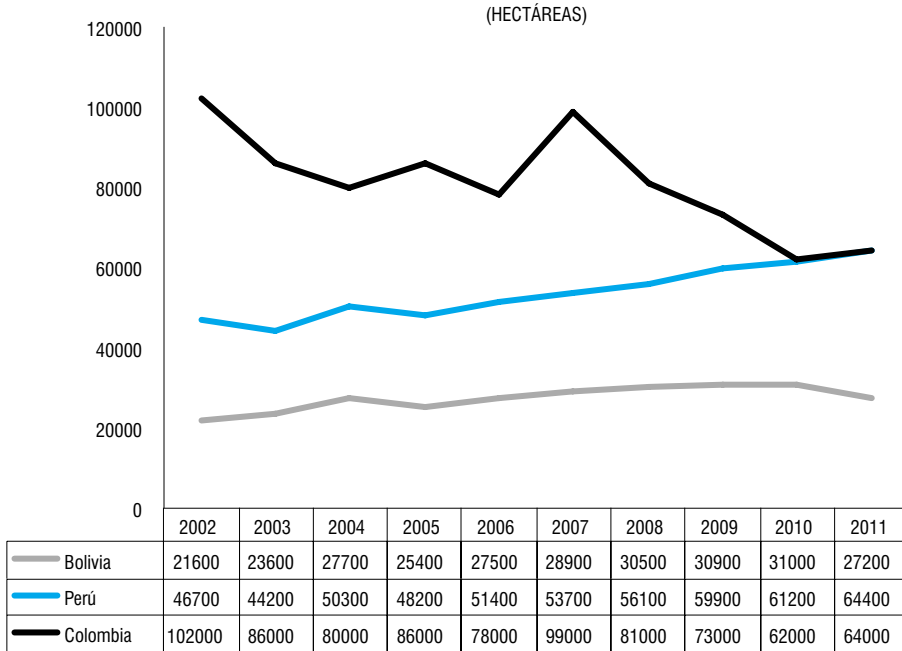
9 Norte América y Europa occidental representan el 44% y 33% del mercado minorista mundial (CICAD-OEA, 2013, p. 9). Aun así regiones como Oceanía y Sur América muestran un consumo nada despreciable, con tasas de prevalencia de 2,9 y 1,3 respectivamente, algunos puntos por encima de la media mundial (UNODOC, 2013).

10 La referencia histórica de la cocaína en Gootenberg (2009).

11 Otros países de la región la producen, aunque en menor medida como Argentina, Chile y El Salvador, entre otros (JIFE, 2008).

12 Sin embargo la productividad permanece equilibrada, en 2011 Colombia produjo el 42% de la oferta mundial, Perú el 40% y Bolivia el 18%.

GRÁFICO No. 1
SIEMBRAS DE COCA EN PERÚ, BOLIVIA Y COLOMBIA (2002-2011)



Fuente: UNODC, 2013. Cálculos nuestros.

En la década de los 80, cuando Perú y Bolivia eran los grandes productores, en Colombia se inicia el mercado globalizado dando origen a los dos carteles de ese entonces -Pablo Escobar en Medellín y los Rodríguez Orejuela en Cali-. Su poder indiscutido se mantuvo hasta la mitad de la década siguiente, cuando los dos carteles se extinguieron como resultado del efecto combinado del sometimiento a la justicia y la persecución del Estado. De ese momento en adelante Colombia ingresa en una nueva fase caracterizada, de un lado por la fragmentación de las organizaciones de narcotraficantes (con la sola excepción del Cartel del Norte del Valle) y de otro por la señalada expansión de los cultivos de coca. La mutación colombiana produjo una decisiva transformación del comercio internacional. El poder sobre el nudo estratégico del mercado global (el eslabón final de la cadena) pasó a manos de los carteles

mexicanos, quienes detentan hasta hoy el control del ingreso y distribución de la cocaína en los Estados Unidos. De tal suerte, los países que han controlado el eslabón final del comercio han sido Colombia y México, cada uno en su momento histórico: Colombia hasta mediados de los 90, México de ahí en adelante.

Otros países desempeñan un papel estratégico en el eslabón previo, el de Paso, desprovistos de organizaciones del poderío de los carteles colombianos y mexicanos. El primero fue Brasil, integrado a los circuitos de distribución de la droga proveniente de Perú y Bolivia con destino a Europa (JIFE; 2012; UNODOC, 2013). En el año 2011 casi el 54% de la cocaína decomisada en Brasil provenía de Bolivia, mientras el 38% procedía de Perú y el 7,5% de Colombia (UNODC, 2013). Al igual que en Colombia, la articulación brasilera se produce en época temprana -los años 80-, cumpliendo la función de intermediación en una ruta alterna a la controlada por los colombianos¹³.

El tráfico colombiano se dirige ante todo hacia Estados Unidos. Según el gobierno norteamericano el 95% de la cocaína confiscada tiene origen en Colombia¹⁴. Se trata de un comercio que ya cumple algo más de 30 años en operación, un período de tiempo con la suficiente duración como para pasar por toda clase de variantes. Ciertamente durante el período de la hegemonía colombiana se privilegió la vía del Caribe, pero a partir de su crisis el predominio del transporte se desplazó al Pacífico. Una década después, ante el nuevo agotamiento de la ruta, se concedió privilegio al Atlántico siguiendo una diversidad de puntos que pueden ir hasta África para redirigirse luego hacia su destino final en el norte (CICAD-OEA, 2013). En medio del traslado de una a otra ruta, diversos países desempeñan un papel estratégico como punto de paso. En el primer cambio hacia el Pacífico la droga pasó por Centroamérica, en particular por el triángulo norte -El Salvador, Guatemala y Honduras;

13 La ruta vía Brasil ha encontrado un importante repunte durante la última década en medio de la búsqueda de renovadas rutas hacia Europa, Asia y Oceanía.

14 Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas (CICAD-OEA, p. 47).

tiempo después, en el siguiente relevo, la ruta del Atlántico no le restó importancia al triángulo centroamericano pero le concedió una intermediación de primer orden a Venezuela (UNODOC, 2013, p. 58)¹⁵.

El lugar de cada país en la cadena varía pues en función del tiempo y las rutas de cada momento. El Cuadro No. 1 sintetiza la situación para las naciones que albergan las ciudades en observación en este libro. Colombia es la única nación del continente que participa de la cadena completa modificando su ubicación en función del momento histórico. México participa en el comercio doméstico y final, al tanto que Brasil en el doméstico y de paso.

CUADRO No. 1
PARTICIPACIÓN EN LA CADENA DE LA COCAÍNA
BRASIL, MÉXICO Y COLOMBIA

	PRODUCCIÓN	PROCESAMIENTO	COMERCIO		
			DOMÉSTICO	PASO	FINAL
Brasil					
México					
Colombia					

2. Ubicación y conflicto violento

Cada eslabón produce montos de dinero en extremo distintos. En las zonas de cultivo los campesinos reciben apenas el 1% del total de las ventas (es frecuente que los mismos cultivadores “volteen” la hoja hacia la pasta base, percibiendo un tanto más de dinero). De allí en adelante los niveles de rentabilidad crecen de manera exponencial. Quienes transportan la mercancía desde el sitio de producción hasta los países intermedios perciben un 9% del total de las ganancias (el eslabón de paso), al tanto que quie-

¹⁵ También se han instalado rutas haciendo de Ecuador un centro de paso.

nes depositan la mercancía en los mayores escenarios de consumo reciben entre el 20 y 25% (el eslabón final). Es el escenario donde se producen los grandes márgenes de acumulación puesto que quedan en unas pocas manos (hoy las organizaciones mexicanas). La venta minorista (el eslabón del menudeo) recibe el 65% de la ganancia, el mayor porcentaje, pero es también la esfera de la redistribución dada la enorme amplitud de actores que participan del microtráfico (CICAD-OEA, 2013, p. 23).

El mercado de la cocaína puede ser tasado (con base en estimativos de 2009) en unos 85.000 millones de dólares anuales (CICAD-OEA, 2013, p. 23), algo así como el 0,5% del producto interno bruto mundial. Se trata de montos monumentales de dinero desprovistos de regulación por parte del Estado y la sociedad, abiertos a quien esté dispuesto a capturarlos mediante la puesta en marcha de una maquinaria de muerte y violencia. La fuerza es consustancial al ejercicio del poder, la conocida fórmula weberiana del Estado como monopolio legítimo de la fuerza bien lo expresa. El universo criminal, como todo poder, pasa igualmente por la fuerza. A falta de regulaciones instituidas que medien la resolución de sus conflictos, la ley del más fuerte se convierte en alfa y omega de sus modos de operación. El poder criminal es impensable sin el ejercicio de una dosis de violencia o la amenaza de ejercerla.

El mercado de la cocaína está cruzado por dosis particularmente intensas de violencia. El contraste con una reconocida e histórica criminalidad como la italiana resulta indicativo. Pese a estar compuesta por notables organizaciones como la Mafia siciliana, la Camorra napolitana y la Ndrangheta calabresa, sus prácticas intimidatorias no están asentadas en el uso indiscriminado y sostenido del homicidio. Por supuesto las guerras internas las atraviesan, ejecutadas con el ardor necesario para dejar tendidos un número nada despreciable de muertos. No obstante, en los circuitos de la vida corriente opera sobre la fuerza pero cargada del principio "*o me pagas o te quemo el negocio*" (Krathausen, 1998; Lupo, 2009). La amenaza está siempre presente, es el lubricante del mundo ile-

gal; mas no por fuerza recae sobre el homicidio, puede hacerlo en cambio sobre intereses vitales como el negocio y la subsistencia económica. La capacidad de violencia –incluyendo la muerte–, es un capital que el crimen maneja a fin de hacer creíble su poderío. Mas en Italia no pasa, como sí en Latinoamérica, por la creación de cuerpos en armas dotados de reconocimiento público: aquí, la gente les conoce y se somete a sus disposiciones, al punto de detentar un poder discrecional sobre el Estado y los dineros públicos, de distorsionar procesos electorales y generar a sangre y fuego riquezas extraordinarias¹⁶.

Con todo, la intensidad de la violencia, al igual que las ganancias, se reparte de manera desigual entre los eslabones de la cadena¹⁷: mayores masas de dinero en circulación requieren mayores dosis de violencia. El esquema se confirma en el comportamiento del homicidio del continente, según lo revela el Cuadro No. 2. Las violencias grandes y organizadas han sido desplegadas en el eslabón final del comercio, donde se acumulan las mayores masas monetarias. Es el caso de México y Colombia, países donde se han producido las maquinarias de guerra más sofisticadas del continente¹⁸. La violencia crónica de Colombia resulta evidente, la tasa promedio de los dos quinquenios está pintada con los colores de la violencia elevada, rojo entre 1995-2004 y amarillo entre 2005-2009. El caso mexicano, por su parte, carece de obviedad. En los dos quinquenios marca violencia media (en gris); pero si bien el promedio es medio el ascenso es vertiginoso: creció de una tasa

16 En Colombia los jefes paramilitares detentaban un control pleno sobre regiones enteras, hasta cuando fueran extraditados en el contexto de una negociación con el gobierno. “Señores” de parecido tenor aparecen en México y en el norte de Centroamérica.

17 La violencia se clasifica atendiendo al siguiente criterio. Violencia Baja: tasa de homicidio por debajo de 10 (en color verde); Violencia Media: entre 10 y 19 (en color gris); Violencia Alta: entre 20 y 49 (en color zapote); Violencia Crítica: de 50 para arriba (en color rojo). Se habla de violencia elevada desde la Violencia Alta: la tasa de 20 para arriba significa la presencia de un conflicto violento de elevadas proporciones.

18 En ningún otro país existe nada ni de cerca parecido a los Zetas mexicanos o los paramilitares colombianos, dos organizaciones dotadas de enorme capacidad operativa, financiera y política.

de 9 en 2005 a una de 25 en 2011 (Azaola, 2012), un incremento sin precedentes para un país con algo más de 100 millones de habitantes¹⁹.

CUADRO No. 2
TASA DE VIOLENCIA DE LOS PAÍSES DE AMÉRICA LATINA. 2000-2009
Promedio por quinquenio (tasa por 100 mil habitantes)

PAÍS	2000-2004	2005-2009
El Salvador	58	61
Honduras	45	51
Guatemala	31	47
Venezuela	37	46
Colombia	58	37
Brasil	31	28
Ecuador	16	20
Panamá	11	16
Paraguay	15	13
Nicaragua	11	13
México	10	15
Costa Rica	6	9
Bolivia		7
Uruguay	6	6
Argentina	8	6
Chile		4
Perú	3	4

¹⁹ La tasa nacional se presta a confusiones. Resulta clarificador señalar que en 2010 México tuvo 276 municipios con homicidio crítico (por encima de 50), correspondiente al 12% del total de municipios.

RANGOS DE VIOLENCIA

	RANGO	COLOR
Crítico	Más de 50	
Alto	20 – 50	
Medio	11 - 19	
Bajo	Menos 10	

Fuente: Salvador, Honduras, Guatemala, Panamá, Costa Rica y Nicaragua en Observatorio Centroamericano sobre Violencia, Homicidios en Centroamérica y UNODC. Venezuela en Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos. Ecuador, Paraguay, Bolivia, Uruguay, Argentina y Chile en UNODC. Brasil en Sistema de Informações sobre Mortalidade. Mortalidade por Agressão no Brasil. México en Sistema de información en Salud. Secretaría de Salud de México. Colombia en Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE).

Por el contrario en el extremo opuesto de la cadena, en el eslabón de la producción, no se generan ni acumulaciones importantes de dinero ni mayores violencias nacionales²⁰. Lo atestiguan Perú y Bolivia, ambos pintados con el color azul de la violencia baja²¹. En Perú estuvo de por medio la guerrilla de Sendero Luminoso, dotada de la fuerza suficiente para desafiar el poder del Estado. La captura de sus jefes y el desmantelamiento de sus frentes la neutralizaron, de buen grado porque el grupo insurgente se resistió a adoptar el narcotráfico como fuente de financiación²². La excepción la constituye Colombia, país donde la cadena completa hace parte de la guerra incluyendo el control sobre las zonas de cultivo²³. Sin los ingresos del narcotráfico ni guerrillas ni paramilitares hubieran alcanzado el poder geopolítico que llegó a traducirse en su pre-

20 En el eslabón de la producción queda sólo el 1% -se dijo-. En todo caso no se trata de una suma nada despreciable, la guerra colombiana pasa por el control de los ingresos generados en este punto de la cadena.

21 De Bolivia no se tiene información del periodo 2000-2004.

22 Además en Perú y Bolivia el cultivo de coca está asociado a una tradición ancestral indígena.

23 No tanto el cultivo como el cobro del “gramaje” (porcentaje impuesto a la transacción entre los campesinos cultivadores y los compradores), además del cobro a “cocinas” grandes (procesamiento industrial), al suministro de precursores químicos, a las pistas de aterrizaje para el embarque, a la oferta de seguridad a cultivos.

sencia en más de la mitad de los municipios nacionales, un mapa de expansión de la guerra que de muchos modos coincide con la expansión de los cultivos de coca.

En el otro eslabón, el de paso, aparecen Brasil desde los años 80, el triángulo norte de Centroamérica desde mediados de los 90 y Venezuela en años recientes²⁴. El caso de Brasil es elocuente dada su condición de nación con el Estado y la economía más grandes de la región. En coincidencia con su conversión en nodo de tránsito de la cocaína hacia Europa se desarrolló una potente criminalidad urbana sostenida sobre el ejercicio violento. Desde los años 80 una parte de las ciudades brasileras se transformaron en escenario de un intenso homicidio²⁵. Entretanto, la crisis que experimentan los países del triángulo norte centroamericano pone en claro las consecuencias de la implantación del mercado de la droga en países con algún grado de fragilidad. El colapso de los Estados y las sociedades en Salvador, Guatemala y Honduras es quizás el problema más acuciante de la región. De su parte Venezuela -pese a las dificultades que rodean la información sobre lo que allí sucede-, enfrenta la existencia de conflictos violentos que la invaden de la mano de una criminalidad que se expande entre las ciudades²⁶.

La conexión propuesta (conflicto versus ubicación en la cadena) deja multitud de cabos sin anudar. Las razones para que un país -y más allá una región o una ciudad- entren a cumplir la tarea de gozne del narcotráfico, guardan conexión con un apretado tejido histórico que entra en relación con factores coyunturales que propician la consolidación del narcotráfico y otras formas de criminalidad. No obstante la relación entre ascensos violentos y

24 Todos pintados en el Cuadro No. 2 con el color de la violencia elevada. Brasil y Venezuela en amarillo ambos quinquenios; Honduras, Guatemala y Salvador en amarillo y rojo.

25 En el año 2009 el 51% de las ciudades brasileras de más de 100 mil habitantes tenían tasas por encima de 25 (el 17% por encima de 50).

26 Panamá y Nicaragua, países de un papel menor en la cadena del narcotráfico, permanecen en la violencia media (en color gris). Ecuador ha comenzado a tener problemas y asciende al amarillo en el último quinquenio.

ubicación en la cadena del narcotráfico no pierde su fuerza. A medida que se avanza en los eslabones las violencias ascienden de la mano de los montos de dinero en circulación. El negocio ilegal de la cocaína, donde llega, agudiza la crisis: opera como caja de resonancia de las fracturas que cada país trae consigo de su historia.

Latinoamérica ha vertido una ingente cantidad de sangre en esa guerra insensata contra las drogas. Sus sociedades padecen un impacto de implicaciones duraderas, se trata de una experiencia criminal que en ciertos países ya cumple algo más de tres décadas de duración. La proscripción de la siembra, tenencia y consumo – el corazón de esa guerra-, convirtió “el oro blanco” en mercancía a cuya sombra se cuece una tupida maraña de conflictos.

II. CONTENIDO DEL PODER: “CONSENSO” Y VIOLENCIA

El país –quedó dicho- opera como matriz de encuadramiento de sus municipios y regiones. Entonces, si cada país tiene la ubicación recién descrita, ¿qué sucede con las ciudades? El impacto urbano del narcotráfico varía de modo considerable de una a otra ciudad; como sucede con los países unas permanecen desprovistas de dinámicas conflictivas mientras otras se ven afectadas por intensos ciclos violentos. Diversas condiciones determinan el modo y el momento en que una ciudad se convierte en pieza articuladora de la cadena. Entre otras la posición geográfica (la ubicación de Juárez en la frontera); la proximidad de severas crisis económicas (la industria textil en Medellín, la maquila en Juárez); la historia de la criminalidad (los antiguos malandros de Río de Janeiro, los contrabandistas en Medellín); el no menos importante ascendiente de figuras relacionadas con la criminalidad (la Nacha en Juárez, Escobar en Medellín)²⁷. Otra vez, como en el caso de los países, la

²⁷ Como quedó señalado este texto comparativo no entra en la complejidad de esas particularidades, se limita al presente.

posición de la ciudad en el eslabonamiento del narcotráfico está mediada por factores enterrados en la peculiaridad de la historia urbana.

De tal modo el país encuadra (impone actores, conflictos y dinámicas violentas), pero cada ciudad procesa esas realidades nacionales siguiendo el dictado de sus propias particularidades²⁸. Ni siquiera la ubicación nacional determina de manera mecánica el lugar de la ciudad²⁹. Así las cosas, ¿de qué maneras se construye el poder criminal en las cuatro ciudades bajo escrutinio? ¿Qué semejanzas y qué diferencias atraviesan las gestiones del narcotráfico en Río de Janeiro, Medellín, Ciudad Juárez y Bogotá?

Comenzamos esta segunda parte considerando el contenido del poder según la fórmula más sencilla pero más potente del concepto, la de Gramsci en su noción de hegemonía, entendida como la tensión siempre compleja entre fuerza y consenso³⁰. Una fuerza social es hegemónica cuando logra concitar el mayor consenso, volviendo redundante el uso de la fuerza; de contramano el despotismo pasa por el balance opuesto, el exceso en el uso de la represión y la violencia supone la existencia de un precario consenso (Buci-Glucksmann, 1979).

Los agentes violentos de la urbe latinoamericana hacen precisamente eso, un ejercicio de poder cruzado por la mezcla de fuerza y “consenso”. La mezcla supone que la presencia de los agentes violentos no se reduce a la fuerza. Los sitios específicos donde se implantan –no están regados por toda la ciudad de manera indiscriminada-, no son zonas deshabitadas

28 En Colombia se mostró la manera como el comportamiento violento de las ciudades de una región sigue un mismo patrón. Ciudad y región están estrechamente conectadas. Perea (2013).

29 Por tomar un caso –según se verá de inmediato-, mientras Brasil es un país parado en el eslabonamiento de Paso, Río es una ciudad situada en el eslabón del Menudeo.

30 Para este esquema comparado nos apoyamos en la mirada desarrollada en Perea (2014).

pobladas sólo por ellos, son lugares urbanos donde la vida bulle con todos sus atributos. Los agentes violentos hacen parte de los tejidos sociales urbanos y sus códigos culturales: cimentan un “consenso” cuyas comillas provienen del hecho de que no se trata de un acuerdo consentido por los dominados, sino de una relación presidida por la amenaza y la violencia. Las reglas las imponen en última instancia las armas y la determinación de emplearlas, al margen de la voluntad de los implicados; empero, el peso decisivo de la fuerza no suprime la necesidad de introducir un intercambio social que llamaremos “consenso”³¹. La relación entre agentes violentos y pobladores está regida por un manojito de procederes inscritos en la mixtura de fuerza y “consenso”, una mixtura cuya combinatoria varía de ciudad a ciudad, de país a país.

1. La fuerza

Dos ciudades han experimentado episodios de violencia críticos. Medellín alcanzó en 1991 la astronómica tasa de 396 homicidios por 100 mil habitantes y Juárez en 2010 la también desbordada tasa de 229. Medellín se colorea en toda la década con el rojo de la violencia crónica y Ciudad Juárez con el mismo tinte en el quinquenio 2005-2009 (Cuadro No. 3). Río y Bogotá no pasan por esos extremos. La primera llegó en 1994 a una tasa de 73 y la segunda en 1993 a una de 84. Son sus picos máximos, con muestras de una tendencia a la baja durante el periodo 2005-2009. Sin embargo, pese al descenso, las dos ciudades permanecen la década completa en el amarillo de la violencia Alta.

31 Con esta mirada introducimos la noción de inserción social del acontecimiento criminal y violento, un concepto que pretende mirar la dimensión social de la criminalidad, tan usualmente escamoteada por esa mirada que sólo se ocupa del agente criminal, sus estrategias y propósitos.

CUADRO No. 3
PARTICIPACIÓN EN LA CADENA DE LA COCAÍNA Y VIOLENCIA*
RÍO DE JANEIRO, MEDELLÍN, BOGOTÁ Y CIUDAD JUÁREZ

CIUDAD	COMERCIO			VIOLENCIA**	
	DOMÉSTICO	FINAL	MENUDEO	2000-2004	2005-2009
Río de Janeiro				49	33
Medellín				134	53
Bogotá				29	21
Juárez				19	67

* Se omitieron los eslabones de la producción, el procesamiento y de paso. Ellos no cuentan en la ciudad.

** Promedio por quinquenio (tasa por 100 mil habitantes).

RANGOS DE VIOLENCIA

	RANGO	COLOR
Crítico	Más de 50	
Alto	20 – 50	
Medio	11 - 19	
Bajo	Menos 10	

Del mismo modo que se estableció para los países, la ubicación de la ciudad guarda conexión con su nivel de violencia (Cuadro No. 3). De un lado Medellín y Juárez (ambas en su momento las urbes más violentas del planeta), corresponden a la condición de epicentro de organizaciones que han poseído el dominio sobre el eslabón final de la cadena, ese donde se produce la mayor concentración de la rentabilidad de la cocaína y por ende las más intensas violencias. Al día de hoy Medellín ya no tiene su función allí –al igual que Colombia-, pero continúa desempeñando un papel clave

en el circuito doméstico³². Del otro lado el caso de Río y Bogotá es otro, su lugar se arma en el eslabón final de la venta al menudeo al consumidor³³, eslabón donde se produce la mayor ganancia (65% del total de las ventas), que no se acumula en pocas manos sino que se reparte entre los vendedores regados entre las calles. Ciertamente no es el eslabón de las grandes violencias, aunque tampoco sean violencias para nada despreciables (Río y Bogotá, pese a sus decrementos, continúan en el rango de la violencia alta –color rosa en el Cuadro No. 3-).

2. Los actores

La práctica violenta (conectada a la ubicación en la cadena), es ejercida por un panorama singular de actores. Los agentes violentos y sus dinámicas (su inserción social desdoblada en unos nexos con la población y las instituciones), varían de una urbe a otra de modo consistente.

Río de Janeiro no es la ciudad más violenta de Brasil³⁴; pero sí es, como lo señalan Michell Misse y Carolina Christoph, el obligado punto de referencia de la criminalidad de su país (Misse, 1999). El corazón del acontecimiento violento tiene como origen la presencia de bandas de traficantes de droga insertos en las favelas, sometidos al permanente ataque de autoridades policiales que ingresan regidas por un esquema de operación militar y, como con-

32 En las zonas periféricas de Medellín –poco habitadas pero todavía de la jurisdicción del municipio-, se libran batallas por las rutas hacia Urabá, un punto de salida estratégica por el mar.

33 El consumo de cocaína tiene en Brasil, Chile y Uruguay una tasa de prevalencia arriba de 1%; sólo Ecuador y Paraguay están por debajo de la media mundial (UNODOC, 2013). Reportes del JIFE señalan que el uso de cocaína en Brasil y Costa Rica ha crecido equiparando el consumo de los países industrializados.

34 En Brasil Serra, Cariacica, Olinda, Cabo de Santo Agostinho y Diadema tuvieron entre 1996 y 2009 una tasa promedio de 79 para arriba (Serra la que más con 99). Entre las ciudades de más del millón de habitantes Recife es la más violenta con una tasa promedio de 66; en los mismos años Río tuvo una tasa promedio de 44 (Sistema de Informações sobre Mortalidade, 1996-2009). En Colombia sólo las ciudades de Apartadó y Turbo del Urabá antioqueño compiten con la historia de la violencia en Medellín.

secuencia, desprovistos de todo cuidado con la presencia de moradores que hacen su vida transitando la calle³⁵. Los traficantes por su lado, provistos de destacamentos de seguridad apertrechados con armas de largo alcance, tampoco se detienen ante miramiento alguno cada vez que la policía realiza sus incursiones. Además, durante la primera mitad de la década del 2000 hicieron su aparición las milicias, organizaciones compuestas en su mayoría por policías o militares -en retiro o activos-, empeñados en arrebatar el control de las favelas a los traficantes³⁶. También se da el caso de enfrentamientos entre los mismos traficantes, quienes chocan entre sí ante cada ocasión en que algún *dono* decide tomar el control de una favela bajo poder de otro -fue la nota dominante durante el montaje del negocio a comienzos de los 90-³⁷.

Medellín sí fue durante un buen tiempo la ciudad más violenta de Colombia, competida en su historial de muerte sólo por otras ciudades de la misma región antioqueña³⁸. Tuvo la fatal condición de ser la sede del cartel más poderoso de los años 80. Desde ese entonces, como lo exponen Ana María Jaramillo y Max Yuri Gil, el conflicto violento se ha urdido con la participación de una gran variedad de actores. Los combos (grupos armados de jóvenes en los barrios) y los sicarios de los años 80 fueron perseguidos sin clemencia por las milicias, un proyecto de control armado que protagonizó la escena del conflicto violento durante la primera mitad de los 90. Entretanto se venía consolidando el control de la Oficina de Envigado sobre la criminalidad de la ciudad, en-

35 La Policía ha cometido, entre 2002 y 2010, más de 6 mil homicidios de civiles en la ciudad de Río y más de 10 mil en el estado de Río, en supuestas situaciones de confrontación legal conocidas con el nombre de "autos de resistencia (Misse, 2013). En los mismos años fueron muertos en servicio 311 policiales en el estado de Río, una proporción de 32 homicidios de civiles sospechosos por cada policial asesinado.

36 Uno de los casos más sonados de las milicias es la denominada "Liga de la Justicia".

37 El *dono* es el jefe de la banda. Las bandas forman redes llamadas "facciones" que reparan entre sí también el sistema penitenciario: Comando Vermelho (Comando Rojo), Tercer Comando, Amigos de los Amigos, etc. En São Paulo hay control monopólico de una sola facción, el PCC (Primer Comando de la Capital).

38 Se trata de Apartadó y Turbo, las dos ciudades de Urabá. Entre 2001 y 2010 Medellín tuvo una tasa promedio de 93, Cali de 95 (DANE, 1980-2010).

cabezada por un acérrimo enemigo de Pablo Escobar conocido con el alias de Don Berna. A la consolidación de la Oficina le servía de telón de fondo la cruenta confrontación entre guerrilla y paramilitares, dirimida cuando se implantó el dominio de los últimos a partir de comienzos del 2000³⁹. Los combos han operado como trasfondo de la confrontación a lo largo de sus distintos momentos: cada actor pugna por controlarlos a favor de su causa. La disputa violenta puede provenir de choques entre diversos competidores o de disputas en la base entre los “combos”, muchos de los cuales mantienen confrontaciones históricas; o también pueden venir de guerras entre estructuras del narcotráfico, como viene ocurriendo con los Urabeños y lo que queda de la Oficina de Envigado.

El caso de Ciudad Juárez es, como lo explica César Alarcón, la explosión de una guerra sostenida sobre el enfrentamiento entre las organizaciones de Juárez y Sinaloa⁴⁰. Su estallido en 2007 se produce cuando cada cartel se enfrasca en el intento de ganar el control de la doble condición de la ciudad, tanto centro de consumo de droga como lugar de exportación de cocaína a los Estados Unidos. A fin de sostener una guerra de tal proporción, además del propio brazo armado, cada organización acudió a agentes violentos adicionales. La organización de Juárez contaba con grupos de extracción militar y policial conocidos como Los Lince y la Línea, subcontratando al grupo mexicano estadounidense Barrio Azteca; Sinaloa, por su parte, le hizo frente a la contienda con Gente Nueva, su brazo tradicional, pero además con Los Mexicles y Los Artistas Asesinos. Una confrontación de tal acritud no podía pasar inadvertida para el Estado, un tercer actor que ingresa en la confrontación. Ante los fuertes anudamientos entre las policías y las organizaciones de

39 La única reproducción urbana del conflicto armado se vivió en Medellín, concluida con la abierta intervención del ejército en la operación conocida con el nombre de Orión, cuyo resultado vino a ser la expulsión de la guerrilla y la entrega de la ciudad al dominio paramilitar. Comisión de Memoria Histórica (2011).

40 La organización de Juárez dominó durante décadas el negocio criminal de la ciudad, lo hizo manteniendo un perfil bajo en la práctica del homicidio.

traficantes, el Estado central mexicano envió primero al ejército y luego a la policía federal. En tal estado de guerra urbana la criminalidad se extendió, escalada por sectores de la sociedad que al amparo del caos emprendieron acciones criminales de la más variada naturaleza⁴¹. Las anécdotas pululan, incluyendo la proliferación de desapariciones forzadas, extorsiones y secuestros, muchos ejecutados por miembros de los cuerpos de seguridad del Estado. Juárez se convirtió en una auténtica necrópolis fronteriza. Sectores completos de la ciudad fueron abandonados y cientos de negocios debieron ser clausurados, mientras la extorsión y la amenaza del homicidio llevaron al exilio a poco más de 70 mil familias⁴².

El panorama de Bogotá es otro bien distinto. La dinámica de sus criminalidades carece de un agente que ejerza dominación violenta sobre sectores específicos de la ciudad, como sí sucede con los traficantes de Río, los combos de Medellín, las organizaciones de traficantes de Juárez. Lo revela el comportamiento del homicidio, notable por la consistencia de su reducción una vez se le compara con las restantes ciudades de Colombia⁴³. Como lo apuntan Carlos Mario Perea y Andrés Rincón, la transformación urbana, en conexión con la puesta en marcha de un nutrido paquete de políticas públicas, tuvieron como resultado la autonomía del conflicto capitalino respecto al choque armado interno. La ciudad, sin embargo, enfrenta todavía la existencia de enclaves violentos (lugares

41 La violencia en Juárez tiene cuando menos tres trayectorias. Primero la guerra entre organizaciones de traficantes. Segundo la guerra del Estado mexicano contra las organizaciones. Tercero la guerra fragmentaria producida una vez la espiral de violencia entre los distintos polos de conflicto alcanza diversos espacios sociales, multiplicando los agentes sociales que producen violencia y criminalidad. Aunque para muchos la guerra fue ganada por la organización de Sinaloa no es posible decir que hubo un balance neto que otorgara el control de la ciudad a una organización específica. El resultado es más bien una zonificación: el norponiente de Juárez y su aliado Barrio Azteca; el sur de Sinaloa y sus aliados Mexicles y Artistas Asesinos. Existen espacios donde coexisten tensamente.

42 Entre 2009 y 2011 casi 5.000 mil negocios debieron cerrar sus puertas, mientras el exilio correspondió al 25% de la población.

43 Bogotá tiene dos características distintivas. La intensidad del descenso de la tasa de homicidio y la ausencia de nuevos ciclos violentos. Ni siquiera el escalamiento de la guerra del país entre 1996-2002 afecta este comportamiento.

donde el homicidio permanece en niveles críticos), así como la proliferación de una criminalidad presidida por un crimen organizado montado sobre el negocio de la droga⁴⁴.

3. El “consenso”

La evaluación de la capacidad política de un proyecto en el poder se mide por el grado de uso de la fuerza: el escaso empleo del recurso violento sirve de indicativo de la capacidad de fundar un proyecto legítimo –esto es, capaz de concitar la población por la potencia misma de su proyecto, al margen de cualquier coacción-. En el caso del poder del crimen, de manera distinta, la fuerza está siempre presente; el consenso es subsidiario. Naturalmente la condición subsidiaria no le resta importancia, en especial cuando una estructura criminal ejerce dominio sobre la vida de la gente con quien convive. Las políticas públicas de seguridad han de tomarse en serio los intercambios entre los agentes violentos y la población. Ahí reside una clave primordial, probablemente de mayor o por lo menos de igual importancia a la violencia. Son las dos caras de un mismo fenómeno.

En São Paulo (Brasil) el *Primeiro Comando da Capital* (PCC) está provisto de la capacidad de control sobre la criminalidad de la megaciudad. Es la única estructura operante. Como parte de sus prácticas organizativas implementaron la ejecución de juicios dotados de los dispositivos que entrañan la majestad de un tribunal –acusador y defensor, jurados y testigos-, habilitados ante diversas situaciones de conflicto surgidas, bien de la estructura criminal bien de la vida de los moradores con quienes conviven. Una práctica de tal naturaleza acerca el crimen paulista a un proyecto de construcción de “consenso” justo porque, ante sus miembros y ante los moradores de las favelas, los juicios le ponen freno a aquello

44 La criminalidad bogotana resalta por su fragmentación. El negocio de la droga alimenta las dos formas más conspicuas: las bandas de comercio ilegal (las más organizadas y jerarquizadas, dotadas de cuerpo armado propio) y las bandas de residencia (grupos controlando la venta al menudeo en los barrios).

que define la criminalidad: la arbitrariedad en la administración de la violencia. La muerte y el castigo dejan de ser la prebenda autoritaria de cualquier jefe local –fundada en las armas-, para pasar a convertirse en mediación que las gentes reconocen y acatan (Feltrán, 2010). No obstante el “consenso”, aún en este notable caso, dista todavía de quitarse de encima las comillas. Le falta ni más ni menos que la acción concertada con la población en la dirección de determinar los contenidos y los dictámenes de esa justicia. En los juicios la red de narcotraficantes detenta el poder de dictaminar y proceder según el veredicto –incluyendo la muerte-, a partir de principios que ellos fijan con independencia de cualquier proceso con la población⁴⁵. El término “consenso”, aplicado al crimen, debe ir siempre entrecomillado.

No hay un “consenso”, hay formas diversas de construirlo, variables de ciudad a ciudad. La inserción social se vuelve la condición crítica: la naturaleza de los intercambios entre los agentes violentos y los moradores fija la forma de “consenso” que aquellos están abocados a construir. Por lo general los miembros de la criminalidad son oriundos de los barrios y las favelas, de tal suerte que mantienen vínculos de familia, amistad y vecindad con las gentes que habitan las zonas donde operan; el ingreso en la estructura criminal, sin embargo, transforma esos vínculos en función de la inserción social siguiendo dos grandes rutas. De un lado están Medellín y Río de Janeiro, dos ciudades donde los grupos ilegales desarrollan una dominación territorial violenta (procedimientos de vigilancia y control del territorio y de la población que reside allí). Del otro, en el extremo opuesto, están Ciudad Juárez y Bogotá, urbes que por razones por completo distintas operan sin el desarrollo de dominios territoriales.

En efecto, desde el punto de vista de la inserción social Río y Medellín guardan algunas semejanzas. En ambas los agentes violentos despliegan el conjunto de su actividad ilegal en el territorio

45 La nota corriente de los juicios, en especial cuando se trata de casos graves, pasa por la consulta telefónica con los máximos jefes, casi todos en prisión.

de la barriada (traficantes en las favelas, combos en los barrios), todo lo cual supone el despliegue de un conjunto de estrategias que les permita ganar legitimidad entre la población. En las dos ciudades la violencia está siempre latente (más en Medellín pero en Río también con intensidad). El agente enraizado en lo local puede ser objeto del ataque de una variedad de adversarios, mientras multitud de circunstancias abren la posibilidad de la delación por parte de los habitantes del barrio. En medio de ese ambiente crispado se torna perentoria la búsqueda de complicidad de los moradores; ellos manejan información estratégica que podría tener consecuencias fatales en caso de caer en manos del adversario –la policía, los traficantes, las milicias-, cuando no se requiere que las casas se conviertan en sitio de refugio ante los acosos armados.

El cultivo de una buena relación con los vecinos es un factor nada despreciable, en cuyo caso la inserción de los agentes violentos –interesados ante todo en la buena marcha del negocio-, supone la provisión de cuatro bienes esenciales para la vida local. Primero la protección. En un ambiente de permanentes balaceras los traficantes y los combos se erigen en defensores de la comunidad, frente a la gente de afuera se encargan de salvaguardar la vida y los bienes de los moradores. Segundo la intermediación de conflictos. Los pobladores acuden a los agentes violentos con el ánimo de resolver la más variada cantidad de materias, desde diferendos económicos hasta conflictos familiares. Tercero la mediación de la actividad comunitaria. Todo agente “externo” que pretende ingresar al barrio, cualquiera que sea su intención –desde las instituciones del Estado hasta las organizaciones no gubernamentales, de la actividad política a las obras de beneficencia-, pasan por el visto aprobatorio de los agentes violentos. Finalmente, en cuarto lugar, las actividades festivas, una dimensión de la existencia colectiva de gran valía entre los sectores populares. En Río los bailes funk organizados por los traficantes se convirtieron en un momento de comunión local, animados por la generosidad a manos llenas en la repartición de licor y droga, mientras en Medellín ciertas fechas

especiales (como el día de la madre y la navidad) y los fines de semana suelen derivar en fiestas marcadas por la entrega generosa de licores y viandas.

En Juárez, sin los niveles de sofisticación colombianos o brasileños, el grupo Barrio Azteca desempeñó una labor de gestión de la vida de los pobladores en algunos sectores de la ciudad. Es la excepción, no la regla; los restantes agentes violentos no desarrollaron acción alguna de inserción social. A lo sumo articularon el control de los expendios de droga (coloquialmente llamados “tiendas”). La ciudad es sitio estratégico del paso de cocaína a Estados Unidos pero también mercado importante de consumo. Cuando la guerra estalló se hizo común la historia del asesinato de vendedores que no atendieron la orden de las organizaciones en el sentido de conectarse a sus redes y no a las del adversario. Más allá de anécdotas de corte similar, no se tiene noticia de alguna injerencia de los carteles y sus brazos armados sobre el destino de la vida colectiva en las colonias populares. No obstante sobre Juárez gravita todavía un doble espectro. De un lado las organizaciones controlando el negocio de la droga, con toda la constelación de gentes que enrolan; del otro una criminalidad difusa pero contundente, la misma que sostuvo parte de la extorsión, el secuestro y la amenaza que desocuparon buena parte de la ciudad.

Bogotá igual carece de dominaciones territoriales violentas. Existe una modalidad de crimen organizado con arraigo local en los barrios populares –las bandas de residencia-, ocupadas en el control de los puntos de venta de droga y en otra variedad de actividades delictivas. Por lo general se trata de bandas familiares con algún grado de organización, investidas de amplio reconocimiento en la zona. Sin embargo, pese a que llegan a crear niveles de amedrentamiento entre los moradores no pasan por el control de la vida barrial, ni siquiera con prácticas sostenidas de extorsión a los negocios locales.

Aún en estos casos de inexistencia de dominación territorial por las armas –los casos de Juárez y Bogotá-, el negocio de la droga

genera un clima de zozobra y desconfianza en lo local. Para los pobladores, sin duda, la droga y la inseguridad asociada a ella constituyen el problema más sentido de la vida comunitaria. Los puntos de venta pueden no generar una violencia homicida de elevada peligrosidad pero encarnan una fuente de conflicto, incluso en una ciudad de violencia media como la capital colombiana.

III. FORMA Y ALCANCE DEL PODER: LA ESTRUCTURA

El equilibrio inestable entre violencia y “consenso” da cuenta del contenido del poder criminal; ahora, otro paso adelante, es preciso arrojar luces sobre la forma y alcance de dicho poder. Es el tema de la estructura organizativa. Si el crimen detenta un poder capaz de afectar de modo profundo la vida urbana, ¿bajo qué formas de operación lo hace? En otros términos, ¿cómo es la gestión del narcotráfico en la urbe latinoamericana?

Del mismo modo que en el contenido del poder, los patrones organizativos no se comportan de igual modo de una a otra ciudad. En este caso las semejanzas se construyen primero entre Río y Bogotá, ciudades donde la estructura en operación funciona sobre un ámbito de dominio local; entretanto en las otras dos el poder opera sobre un ámbito ampliado, en Medellín sobre la ciudad y en Juárez sobre un espacio global. El eje de la comparación, en este punto, viene a ser el grado de centralización y jerarquía de la forma organizativa, sólida en Juárez y Medellín, sin relieves y frágil en Río y Bogotá.

Por supuesto no se trata de patrones fijos. Todo lo contrario, dada la condición ilegal y las prácticas violentas sobre las que se asienta, los patrones organizativos cambian jalonados por múltiples razones, entre otras el establecimiento de alianzas entre los denominados carteles (el caso de los arreglos entre Colombia y México), el logro de una mayor eficacia en las operaciones, los reacomodos en las jerarquías provocados por la detención o la baja de

algunos de los cabecillas. En medio de las transformaciones, con todo, cada ciudad exhibe un patrón característico⁴⁶.

Desde su comienzo a mediados de los años 80 Medellín dio origen a una estructura jerárquica y centralizada. Había un señor al que se le rendía tributo y pleitesía. Luego de la crisis del cartel de Medellín la estructura la heredó Don Berna, jefe indiscutido hasta su extradición en 2008⁴⁷. Después del pináculo de la pirámide, regentada por el capo, la estructura se flexibiliza combinando niveles de centralización con un funcionamiento en red puesto en marcha por los contactos entre las bandas, y entre éstas y los combos, conformados en su mayoría por jóvenes menores de 25 años. Más allá de las tensiones, la estructura criminal conserva un poder sobre vastos sectores de la ciudad cuyo engranaje se aceita mediante la alineación hacia arriba –de los combos a las bandas y de éstas al poder máximo-, diseminada sobre las barriadas y el Centro de la ciudad. El ámbito de dominio es pues sobre la ciudad y su área metropolitana.

El caso de Ciudad Juárez es el de una elevada centralización, en este caso a partir de sólidas estructuras jerárquicas que operan tanto en el espacio internacional del transporte a Estados Unidos como en el entorno local de los puntos de venta en la calle. En realidad se trata de dos estructuras centralizadas con mandos definidos, división de funciones y diversos grados de especialización en las diversas fases del negocio y en la guerra. Como ya se anotó, ninguna bajó a las colonias populares a ejercer dominio directo sobre la vida local. La organización pasa por una estructura administrativa que controla una empresa de grandes rendimientos, incluida la conformación de ejércitos de alto nivel. La gestión del eslabón Final de la cadena está abocada a manejar elevados estándares de

46 El patrón puede modificarse en el tiempo como bien lo evidencia Medellín: entre los 80 y parte de los 90 ejerció dominio sobre el eslabón final, desde ese entonces desempeña una función clave en el eslabón doméstico.

47 Recordar que en Medellín los combos de los barrios están afiliados a una banda, quienes a su vez rinden tributo al señor. Al día de hoy el pináculo está en disputa.

eficiencia, una condición impuesta por un negocio que produce millones de dólares. La organización de Juárez, por ejemplo, tiene dos componentes: uno familiar (núcleo de la toma de decisiones) y otro territorial (encargado del despliegue operativo), todo lo cual implica una férrea división del trabajo estructurada sobre redes de confianza sometidas a constante prueba. Las numerosas actividades pasan por nodos de logística, seguridad y lavado de dinero, adelantadas por células que pueden tener entre 40 y 80 personas dependiendo de la actividad. Muchas de las actividades exigen perfiles profesionales, incluyendo una nutrida nómina de jefes de la policía cuyo rol es variopinto dentro del tráfico de drogas. La forma organizativa en Ciudad Juárez, así las cosas, se proyecta sobre un ámbito de dominio global⁴⁸.

La estructura criminal de Río es bien distinta, nada parecido a la jerarquía de Medellín o la centralización de Juárez. El núcleo básico de la estructura carioca son las bandas de traficantes imponiendo su ley sobre las favelas. Hay pirámides locales que dividen el trabajo entre gerencias, soldados y vendedores directos, todo bajo el control último del *dono*. Paralelos a las bandas, y de buen grado por las incontables luchas entre ellas, desde comienzos de los años 90 se conformaron los comandos o facciones (*Vermelho* –el más poderoso-, Amigos de los Amigos y Tercera Fuerza), a la manera de redes que conectan bandas y territorios a un mismo comando. Los *donos* se adscriben a uno u otro, cumpliendo la decisiva función de generar identidad y protección frente a la eventual invasión de otras bandas. Lo mismo, la pertenencia a un comando significa garantía de protección en el sistema penitenciario, así como la posibilidad de negocios e intercambios entre los *donos*, construyendo la confianza que tanto escasea en el universo de la criminalidad. Empero, los comandos no funcionan en nada parecido a los mandos con jerarquía y centralización de Medellín y Juárez, sino que sólo fijan rumbos para la actuación de la banda en la favela. Sucede, claro está, que un *dono* controle varias favelas o que varios *donos*

48 Podría decirse global local (glocalizado), pero lo global es lo determinante.

se articulen en red para el manejo negociado de varios territorios (*firmas*). El *donor*, en todo caso, continúa detentando el poder, es autónomo en las decisiones en tanto no existe un mando central al que deba obediencia. El alcance de la dominación en Río es por consecuencia de carácter localizado.

En Bogotá la estructura organizativa corresponde a una criminalidad cuya relación con el espacio es ante todo un lugar de ubicación, no de dominación territorial como en Medellín y Río. La criminalidad bogotana exhibe más bien dos rasgos característicos: está desprovista de dominaciones territoriales violentas; y el radio de operación de la acción criminal es circunscrito y localizado (carece de un agente entregado a la búsqueda de más rentas, sometiendo para ello otras estructuras criminales). Ni tan siquiera la más sofisticada de sus expresiones, la venta de droga en un sitio del Centro conocido bajo el nombre del Bronx, emprende la tarea de desplazarse por la ciudad ejerciendo dominio sobre nuevos territorios. Pese a que generan grandes sumas de dinero articuladas a una compleja estructura organizativa que incluye un ejército al servicio de la seguridad (los llamados “sayayines”), su actividad central sigue siendo la venta al consumidor, incluyendo los muchos compradores que a su vez hacen su propio negocio en otro punto de la ciudad. La nota distintiva viene a ser entonces la fragmentación siguiendo una abigarrada división entre crimen organizado y delincuencia común (cada uno, a su turno, con varias expresiones)⁴⁹. Tal estructura arma un dominio que, más que local en sentido territorial, actúa sobre una actividad delimitada. Es la clave de una ciudad que disminuyó el homicidio de modo notable sobre la construcción del mandato de “no matarás”, producto de unas políticas públicas que transformaron de manera sensible la ciudad⁵⁰.

49 El crimen organizado contiene bandas de comercio (legales e ilegales) y bandas de residencia; la delincuencia común bandas especializadas y grupos esporádicos de atracadores callejeros y grupos de identidad con actividades ilícitas como parches y pandillas.

50 El mandato de “no matarás” se resignificó en la fórmula de “robar, pero no matar”. En Bogotá existe una extendida criminalidad que no hace del homicidio su modo primordial de operación.

1. Estructura versus poder

No existe una relación de causalidad entre el tipo de estructura acabado de poner en escena y los niveles de “consenso” y violencia (lo que hemos convenido en llamar el contenido del poder) descritos en la sección anterior. Los vínculos entre estructura y contenido dependen de factores relacionados con las particularidades de cada ciudad, al igual que de mutaciones en la dinámica del narcotráfico en Latinoamérica y el mundo. Empero, con miras a la perspectiva comparada, es posible arriesgar algunas hipótesis respecto a la incidencia de la estructura sobre la mixtura de “consenso” y violencia.

Medellín es ejemplo de un modelo híbrido en el cual se combina un mando centralizado en la cabeza de la estructura, con nodos intermedios y una base extraordinariamente diseminada y fragmentada. De un lado los combos están insertos en los barrios; sus miembros se reclutan de la masa de jóvenes de allí mismo y sus ejecutorias pasan por las vicisitudes de la vida local. Desde esta condición los combos –como las bandas en Río-, se ven compelidos a negociar su inserción con los moradores. Sin embargo, el hecho de que estén articulados a bandas trenzadas en disputas por el predominio (como fue el caso de la guerra entre alias Sebastián y alias Valenciano), impone entre los combos la proliferación de enfrentamientos, asesinatos selectivos y eventos de desplazamiento forzado dentro de la misma ciudad. Mediante su conexión hacia arriba los combos -pese a su profunda inserción local-, no dependen en exclusivo de los moradores. Su necesidad de “consenso” es baja y su violencia alta. Los costos de la aplicación de la violencia respecto a la relación con la población se tornan secundarios.

En Río los *donos* operan como amos y señores de más de un destino de la localidad. La existencia de los comandos, a pesar de su enorme importancia cohesiva, no modifica el patrón de mando diseminado entre las favelas. Los traficantes mandan, pero dependen por entero de la vida local. Como consecuencia la urgencia de “consenso” es enorme, los agentes violentos están compelidos a “negociar” su existencia, sea con la población sea con la policía

corrupta, conduciendo a un progresivo control de los medios de violencia⁵¹. La importancia de las “mercancías políticas” es central para comprender la reproducción ampliada de ese modelo de dominio (Misse, 2013). La irrupción de las milicias y más recientemente del programa estatal de las Unidades de Policía Pacificadora (UPP), no modifica la forma de operación del poder en la ciudad carioca: en los dos casos se prolonga el ejercicio localizado sobre la barriada. En el espectro de la dominación territorial violenta Río se caracteriza por consenso medio y violencia contenida, mientras Medellín por bajo consenso y violencia desbordada.

Bogotá carece de estructuras criminales de segundo orden que integren bandas menores a un mando centralizado. En el sitio donde se erigen las estructuras más organizadas –el mencionado Bronx-, se dan cita nada menos que seis ganchos –el nombre local de las organizaciones de droga-. Pese a que se trata de un lucrativo negocio dotado de ejércitos privados, en una reducida área geográfica del Centro se reparten los dividendos entre varias organizaciones distintas⁵². La fragmentación de la criminalidad bogotana -en estrecha conexión con una política pública que instaló el mandato de “no matar”-, se encuentra detrás de la notable reducción del homicidio bogotano⁵³. En el caso en que algún agente violento tuviera interés en expandirse dominando otros agentes criminales, quizás no hubiera sido factible la marcada reducción del homicidio que caracteriza la capital de Colombia (más si se considera la extendida proliferación de la criminalidad que también la caracteriza).

La centralización de Juárez conlleva, en un primer momento, un control relativo de la violencia; no obstante, en un segundo momento se desata una guerra de grandes proporciones una

51 Los comandos desempeñaron un papel decisivo en ese control. La posibilidad de protección ampliada ante cualquier ataque limitó los afanes expansivos de los *donos*.

52 La alcaldía aplicó una masiva intervención sobre el Bronx, de tal modo que al momento no es posible decir qué acontece ahí. El negocio sigue, sus mecanismos actuales no se conocen.

53 Es reducción del homicidio pero no de la criminalidad: el mandato de “no matar” se resemantiza en “robar, pero no matar”.

vez las dos organizaciones chocan en su pretensión de dominio pleno sobre la ciudad. Las tasas de homicidio son indicativas. En el quinquenio 2000-2004 fue de 19 (un valor medio), pero en el 2005-2009 ascendió a 67 (crítico)⁵⁴. La guerra terminó, todavía con un incierto balance respecto al ganador, pero más incierto todavía respecto a los efectos que quedarán de esa siniestra movilización social producida durante la guerra, esa que desató tal cantidad de grupos asesinando, secuestrando y extorsionando⁵⁵. Los carteles no se definen por la inserción social; controlan las “tiendas” pero no arman cuerpos armados insertos en las colonias. La condición de empresa de alto nivel, obligada al manejo de grandes operaciones, pasa por el enrolamiento de personal cuya proveniencia no es el factor determinante⁵⁶. Su poderío concentra en el aparato armado el control de los medios de violencia.

Hasta aquí esta nota de comparación introductoria. Tras el camino recorrido es el momento de escuchar de viva voz los ricos desarrollos puestos en marcha en el capítulo de cada ciudad. Por supuesto no se han incluido todas las esferas susceptibles de comparación; sea el caso, haría falta dar cuenta del comportamiento de los agentes violentos frente a la política y la economía, dos dimensiones sobre las que se harán apenas breves alusiones en el propósito de terminar de mostrar la injerencia de la criminalidad sobre el destino de las ciudades.

Frente a urbes cruzadas por inequidades extremas -en los cuatro casos los índices de Gini puntúan por encima de 0.5-, el universo de la criminalidad se convierte en poderoso mecanismo de atracción⁵⁷. El punto para la comparación sería el grado de diversificación de la economía ilegal, con un desarrollo notable en Mede-

54 Volver al Cuadro No. 3.

55 Por lo pronto el homicidio va a la baja. Si en 2011 hubo 2086 homicidios en 2012 se redujeron a 750.

56 Por supuesto, en especial en el componente familiar, el origen es determinante. Pero en otros niveles de la cadena no cuenta.

57 Un Gini por encima de 0,5 representa en el contexto mundial una inequidad muy alta.

llín⁵⁸. La pertenencia a la estructura criminal garantiza protección y flujos de dinero hacia los combos, pero también impone el pago de un tributo que fuerza la puesta en marcha de variadas prácticas ilegales. La extorsión se disemina. Se “gravan” las tiendas, los carros de transporte público, los distribuidores de productos y en general todo negocio con alguna vida en el barrio, llegando al extremo de imponer un cobro por el paso de una calle a otra toda vez que se cruza una “frontera invisible”, esas delimitaciones trazadas a lo largo de una amarga historia de guerra y enfrentamiento. De un tiempo hacia acá hizo carrera la modalidad de agentes violentos ocupados en el desarrollo y expansión de sus propias empresas de alimentos, imponiendo a las tiendas la compra de sus productos a los precios que ellos determinan (y por supuesto sin posibilidad de compra a nadie más). La economía ilegal de Medellín se ha diversificado considerablemente sin perder su conexión con la estructura criminal y sus intercambios de doble vía entre la cúpula y la base⁵⁹.

Por su lado, el poder criminal depende de la construcción de vínculos con funcionarios públicos y políticos. Sin ellos resulta inimaginable su crítica permanencia durante varias décadas. Medellín y Río son dos casos dignos de comentarios al respecto⁶⁰. Los combos en Medellín participan en las redes clientelares que llegan hasta los barrios, como parte de una dimensión de la inserción en lo local. Las bandas, de su lado, no incursionan en esos campos salvo la denuncia de su intento de favorecer determinadas candidaturas, tal y como ocurrió en las elecciones para la alcaldía de Medellín en el año 2011. La excepción la constituyen

58 En Juárez sus organizaciones están centradas en el negocio de la droga, sin diversificación en otras actividades ilegales –como si lo hacen organizaciones de otras regiones de México-. En Río los traficantes tampoco se diversifican, mientras las milicias sí pasan por otra serie de actividades ilegales (su renuencia a adoptar el negocio de la droga las fuerza a la diversificación). En Bogotá, por definición, la criminalidad se diversifica sobre su profusa fragmentación.

59 Las organizaciones de Juárez y los traficantes de Río no diversifican sus actividades más allá del negocio de la droga (las milicias sí lo hacen). En Bogotá la economía criminal se diversifica sobre su enorme fragmentación.

60 En Juárez y en Bogotá las estructuras no se ocupan de tramitar la política.

los desmovilizados del paramilitarismo, quienes se organizaron para incursionar en el Concejo y las juntas administradoras locales de la ciudad; poco tiempo se requirió para que se demostraran las conexiones de la Corporación Democracia (la organización de los desmovilizados), con una enorme variedad de prácticas criminales. De su lado, el localismo del poder de Río produce dos caminos distintos, otra vez separados por las diferencias entre traficantes y milicias. Entre los primeros sus vínculos políticos se reducen al apoyo de políticos que llegan a la favela, entrando a formar parte de las redes clientelistas. Las milicias se comportan de modo distinto. Hacen proselitismo abierto por candidatos que han lanzado a las contiendas electorales de la ciudad, ganando en una oportunidad un escaño para la Asamblea Legislativa y otros cargos en la municipalidad⁶¹.

A MODO DE CIERRE

El impacto que provocan los agentes violentos sobre las estructuras urbanas es más que considerable. El recorrido comparado puesto en escena bien lo revela, los actores comprometidos en la gestión del narcotráfico afectan el rumbo que toman un sinnúmero de aspectos de la vida colectiva en la ciudad. Los tejidos sociales y la tramitación del conflicto, la acción colectiva y las redes políticas, el trabajo y los emprendimientos económicos: por esta arista o por la otra todos están afectados por ordenamientos ilegales que ya se insertan en las barriadas administrando la existencia de sus gentes, ya se constituyen en ejércitos privados dotados de la capacidad de imponer la guerra y la criminalidad rampante. El poderío de las estructuras criminales urbanas en América Latina –tal y como lo ponen en evidencia nuestras cuatro ciudades-, ahondan más todavía la ya insondable fractura que atraviesa sus sociedades.

61 Para la comparación falta también la relación de los agentes violentos con la justicia y otros aparatos del Estado diferentes a la seguridad.

Sus dineros privatizan el poder alimentando la precariedad de la justicia; sus prácticas nutren la desigualdad y profundizan la segregación; sus desafueros estigmatizan los sectores pobres de la ciudad y en particular los jóvenes, señalados de ser los responsables de la inseguridad urbana.

El Estado, sin duda, es uno de los estamentos legales que han tenido que padecer la mayor conmoción. La continuidad de una situación crítica que ya cumple varias décadas en operación no obedece propiamente a un Estado de espaldas al problema. En las cuatro ciudades el aparato estatal, fuerzas multilaterales y organizaciones no gubernamentales han invertido un colosal esfuerzo en el intento de competir con el potente magnetismo que ejerce el narcotráfico. Ciertamente, un enorme monto de voluntad ha sido puesto en movimiento sin que la situación sea reversada de manera definitiva. En Bogotá un paquete de políticas públicas logró reducir la violencia pero no así la criminalidad, multiforme y desperdigada entre numerosos rincones de la ciudad. En Juárez la guerra cesó devolviendo una cierta calma a la ciudad, más queda pendiente el interrogante de si se trata del resultado de la acción institucional o de un “acuerdo” entre los estamentos del tráfico de droga. En Río la última medida gubernamental da muestras de estar sufriendo dificultades, asediada por los renovados ataques de los traficantes a los destacamentos de policía creados bajo el cobijo del costoso programa de las Unidades de Policía Pacificadora. En Medellín, de igual manera, una cascada de iniciativas encaminadas a enderezar el curso de facetas estratégicas de la vida urbana no logra, con todo, deshacer la solidez de la estructura criminal.

Así como las cuatro ciudades aquí en observación, los países latinoamericanos, unos más, unos menos, se han visto precipitados en crisis que han terminado arrastrando hacia la disolución al Estado y la sociedad. Su primera expresión adquirió cuerpo en Colombia hacia comienzos de los años 80, precarizando más la frágil estructura estatal y gestando uno de los desastres humanitarios más ruinosos del planeta. Comenzó allí pero no se detuvo. El último estremecimiento cayó sobre México, uno de

los Estados más consistentes de la región que, pese a ello, sigue incapacitado para contener su propio colapso e impedir la diseminación de la violencia a las más distantes regiones. En el recorrido de Colombia a México una buena cantidad de países han sido arrastrados en la violencia, presididos por el ejemplo dramático de El Salvador, Honduras y Guatemala en el triángulo norte de Centroamérica. Latinoamérica continúa siendo el continente donde anida la crisis, las ciudades aquí en estudio simplemente confirman la intensidad de la turbulencia que se resiste a abandonar el continente.

Sin embargo, pese a la evidencia de la capacidad corrosiva del negocio, los centros del poder mundial no se ocupan del tema, encabezados por unos Estados que se resisten a reconocer en la guerra contra las drogas un asunto de elevado interés hemisférico⁶². Por desgracia, no es sólo un asunto del norte. Si más de una nación latinoamericana ha sido colapsada, tornando evidente la realidad de un fenómeno que se desplaza de país a país deshaciendo las estructuras profundas donde anida, ¿cómo es posible que Latinoamérica no haya avanzado en la construcción de un bloque de poder orientado a modificar la política mundial de tratamiento de la droga, no sólo de la marihuana sino también de la cocaína?⁶³.

Entonces, retomando la pregunta lanzada en la introducción, ¿qué se demanda para que el mundo y la misma América Latina emprendan una acción decidida frente a las políticas contra el narcotráfico? ¿Será que en la transformación de la política mundial de la droga anida una clave esencial para la resolución de la paradoja latinoamericana?

62 Por supuesto los centros de poder no son monolíticos, en su interior bullen fuerzas que pujan por la transformación de la política frente a la droga. En Estados Unidos tres estados avanzan en la legalización de la marihuana.

63 Es desafortunado que el más reciente informe de desarrollo humano, centrado en la seguridad del continente, reduzca el narcotráfico al simple papel de una expresión más del crimen organizado.

BIBLIOGRAFÍA

- Azaola, Elena (2012). La violencia de hoy, las violencias de siempre. *Desacatos. Revista de Antropología Social*.
- Buci-Gluckmann, C. (1979). *Gramsci y el Estado. Hacia una teoría materialista de la filosofía*. México: Siglo XXI.
- Centro de Memoria Histórica (2011). *La huella invisible de la guerra. Desplazamiento Forzado en la Comuna 13*.
- Comisión Interamericana para el Control del Abuso de Drogas (CICAD-OEA), (2013). *El problema de las drogas en las Américas*.
- Feltran, G. (2010). *The Management of violence on the Sao Paulo Periphery. The repertoire of normative apparatus in the PCC era*. Recuperado de http://www.vibrant.org.br/downloads/v7n2_feltran.pdf
- Jaramillo, A. y Salazar. A. (1992). Medellín. *Las subculturas del narcotráfico*. Bogotá: Cinep.
- Krathausen, C. (1998). *Padrinos y mercaderes: Crimen organizado en Italia y Colombia*. Bogotá: Planeta Colombiana Editorial.
- Lupo, S. (2009). *Historia de la Mafia*. New York: Columbia University Press.
- Misse, M. (1999). *Malandros, marginais e vagabundos. A acumulação social da violência no Rio de Janeiro*. Ph D thesis en Sociología, IUPERJ.
- _____ (2010). La acumulación social de la violencia en Río de Janeiro y en Brasil: algunas reflexiones. *Co Herencia – Revista de Humanidades*.
- _____ (2013). Estado y mercados ilegales en Latinoamérica: reflexiones a partir del concepto de mercancía política. En Jorge Giraldo Ramirez (Ed.) *Economía criminal y poder político*. Medellín, Universidad EAFIT.
- Perea, C.M. (2014). La muerte próxima. Vida y dominación en Río de Janeiro y Medellín. *Análisis Político* No. 80, enero-abril, pp 3-25
- _____ (2013). “Resituar la ciudad: conflicto violento y paz”. *Análisis Político*. Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI) - Universidad Nacional de Colombia: No. 77, enero-abril, Bogotá.
- Rodrigues, T. (2004). *Política e drogas nas Américas*. São Paulo: Pontificia universidade católica de São Paulo.
- Weber, M. (2007). *Sociología del poder: los tipos de dominación*. Madrid: Alianza editorial